



Pascal Quignard

Carus

Traducción del francés de Ignacio Vidal-Folch



PASCAL QUIGNARD

Carus

Traducción de Ignacio Vidal-Folch

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Carus*
Traducción del francés: Ignacio Vidal-Folch

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2023

© Éditions Gallimard, París, 1979,
edición revisada y corregida por el autor en 2000
© de la traducción: Ignacio Vidal-Folch, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 12836-2023
ISBN: 978-84-19738-19-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A M.-F. Q.

Aviso para la segunda edición francesa

Cuando Horacio iba envejeciendo y reflexionaba sobre su vida, llegó a la conclusión de que había sido irreprochable porque había sido querido por sus amigos: *carus amicis*. Resulta que además Carus es el apellido de Lucrecio, que es el patrón secreto de este libro. Cada novela tiene un santo que la protege, y un lector antiguo que desea, pero a los que nunca menciona con una dedicatoria explícita, por respeto a una extraña superstición.

Y también un mar que la llama y dirige su fluir como el océano lo hace con el río. El río suele obtener sus primeras gotas de la montaña, el frío, el silencio y mucha blancura. El corazón de este libro es la amistad. Dos amigos, Louis-René des Forêts y Emmanuel Hocquard, fueron los únicos que me apoyaron para que mantuviese este título cuando otros que lo habían leído manifestaban toda clase de reservas. Recibió el Prix des Critiques pero lo machacaron. La amistad es el único sentimiento generoso, y el único verificable. Todos los amigos desean desgracias porque estas la revelan, y su prueba de fuego es el desinterés. Escribí esta novela hace once años. Al releerla he quitado dos o tres palabras de cada frase.

Un hombre bajo el hechizo de la desgracia: a ese hechizo hoy día lo llamamos depresión nerviosa. Lo que los amigos intentan es deshechizar ese hechizo mediante el lenguaje. En este sentido, la amistad es la única sociedad secreta. O por lo menos una asociación basada en la lengua y que es casi interior: no llega a ser la sociedad, pero es más que uno mismo. Es un placer de circulación íntima más vinculante que el reflejo de los espejos.

«¿Quién siente que su vida está viva», decía Ennio «si no dispone del oído de un amigo con quien compartirla?». La necesidad de dar testimonio de la alegría es parte activa de la felicidad. La amistad es el único sentimiento humano cuyo cuerpo es la lengua pura. Es ese oído siempre dispuesto para la confesión que se ignora a sí misma y que vaga, la ocasión para vaciar el peso del corazón, el tablón que se le ofrece al recuerdo para que no se hunda. No está infinitamente lejos de la lectura. Es la dicha del lenguaje compartido, a diferencia del amor, que junta miembros desnudos y jadeos más intensos pero que no son característicos de la especie humana y que privan del lenguaje. Ella es el único vínculo entre los hombres donde se disuelve lo inconfesable, donde el desvalimiento recibe amparo, donde el corazón, abrumado por angustias y pesares, se transforma no en lágrimas, no en insomnios, no en muerte voluntaria, sino en breves frases que se dicen y se intercambian, tan poco calculadas que son casi involuntarias, cuando ni siquiera es preciso decirlo todo, donde los hombres alcanzan la tierra prometida del olvido.

Capítulo I

El jueves, 8, M. vino a verme. Le parecía que él estaba bastante en forma. También ella tenía buen aspecto.

Al día siguiente le vi en la calle. No me pareció que estuviera tan bien como Marthe me había dicho. Caminaba rasando las paredes. Iba lento y llevaba impresas en el rostro las huellas de una aprensión infinita. A cada paso que daba –adelantando con mucha prudencia cada pie– parecía eludir por los pelos un inmenso peligro. Temí asustarle más. No quise abordarle. Le estuve observando. Tomó por la rue de Tournon.

El día 11, fui a su casa. Lo encontré extraordinariamente atormentado, presa de una intensa pena de la que (según Élisabeth) decía no poder explicar nada. Estaba muy inquieto, desvelado, todo le hería. Lleva más de cinco meses encerrado en casa sometido al horror. Y en soledad. Presa de una soledad pavorosa.

E. estaba guapa, y tan reservada que me conmovió. Me habló del pequeño D. y me dijo que cuando está con ella no se extraña de nada. Ella mostraba una paciencia y una reserva bastante seca, poco tierna, extremadamente pudorosa, que me parecen señales convincentes de amor. Hondura de un amor que, para tranquilizar a los demás, afecta indiferencia, y que en su frialdad designa un intenso dolor estupefacto que E. rehúsa manifestar.

El martes 12 de septiembre, hacia las ocho, fui a la rue du Bac. En el vestíbulo, junto al corredor, un brezo un poco seco, mustio, en el que la víspera no me había fijado.

Después de cenar pasamos a su alcoba. Guardamos silencio. Salvo algunos instantes en que me dijo que le asustaban unos recuerdos que afluían a su memoria sin que pudiera controlarlos. «Se cuelan en lo residual», dijo, «se enfrentan al yo, a la apatía del yo, y este enfrentamiento provoca una repulsión que no sé cómo impedir». Y de repente, exclamó:

«¡Ese olor espeso, sofocante, del cuarto de la plancha!...».

«Por la noche –siguió diciendo–, esos recuerdos se precipitan uno tras otro para agitarme el corazón y cuando, bajo la violenta luz eléctrica, de rodillas en el pavimento, desnudo, estremecido...» Pero se interrumpió, y tomándome del brazo: «Dime, dime...». Y luego: «Entonces no soy más que un poco de lo que vomito. Y...», pero no terminó la frase. De repente rompió a llorar, a sollozar largamente. Yo aparté la mirada.

Trece de septiembre. Compré tres cajetillas de tabaco, una libra de zanahorias y una de naranjas. Según W., por ciento veinte gramos: una monda de un dedo de longitud, con un poco de albedo.

Jueves 14 de septiembre. Cargué una pipa Peterson. El tabaco estaba húmedo. Y me pareció que sabía a rayos.

Viernes 15 de septiembre. A primera hora de la tarde pasé por la rue du Bac. Esa mañana, el pequeño D. había vuelto a clase. A. no se encontraba bien. Estaba en cama. Habló durante largo rato, pero a trompicones. Como a saltos:

«Todo lo que me vincula a lo demás –dijo– se resiente de un extremo abandono, y una extrema usura. Soy un hombre gastado, usuario de una lengua usada, desgastada. Soy como Ieurre. De manera que todo lo que está en su lugar, bien ordenado, está

completamente fuera, exiliado. ¡Y todo *gotea muerte!*» Añadió: «... igual que aquellas estatuas romanas de antaño, que de repente, sin motivo aparente, sudaban sangre».

Luego: «Sí, eso es, todo se desdobra y, una vez se ha separado, entonces yerra considerablemente sin moverse... A mediodía: cuando Élisabeth está en la galería. Cuando D. está comiendo en la cantina del colegio. Estoy solo. En la mesa que tengo delante hay fatiga, el pedazo de pan que mordí la víspera, sí, mucha lasitud y fatiga, la clase de convicción terrorífica de que antaño hubo sacrificios que aún nos afectan –el papel que envuelve el queso de Coulommiers, el vaso de vino, la botella de vino, el charquito de vino que mancha la madera de la mesa, o mejor dicho la mancha de vino que macula la madera de la mesa, el suplicio del antiguo Tántalo, dan las doce, mi mano, su desaparición, mi mano...». Le interrumpí. Pero al cabo de un momento, y con renovada vehemencia: «La perdición consiste en esto», dijo, «es una amenaza sin motivo. Un estado de abandono evidente. Un mordisco, una dentellada. No es miedo, es una *intensa mordedura tenaz* –intensa, inmóvil, incesante, opresora...».

Antes de irme le avisé de que me ausentaría desde el martes 18 hasta el lunes 25. Por trabajo, desafortunadamente. Que tomaría el avión el 17. Que me perdería el principio del otoño.

El 16, en la rue de l'Abbaye, un viejo extraño iba caminando por delante de mí, y avanzaba con demasiada lentitud para mi gusto, apoyándose en un paraguas. Me disponía a adelantarle. La larga gabardina encorvada y ocre extendió la mano y me apretó el brazo: era leurre.

Martes, 26 de septiembre. Por la tarde telefoneé a Élisabeth. D. estaba bien, en la escuela. «Pasaré mañana, a primera hora de la tarde, a saludarle.»

E. me dijo que A. no mejoraba. Que la soledad, el tedio, la lamentable curiosidad que sentía por los síntomas de su enfer-

medad (E. dijo que por la noche se quedaba sentado en la cama «escuchándose») le habían alejado de los libros cuya seducción había celebrado tantas veces y que tanto placer le proporcionaban, por lo menos cuando los leía de noche. Peor aún: estaba empezando a alejarle de la música. Todo le parecía insuperable, y le parecía aburrido. Ya no abría la correspondencia. El pequeño D. se dedicaba a abrir los sobres con toda la seriedad que a sus ojos exigía esa tarea. Era ella la que le leía las cartas. Se las resumía a A., que se encogía de hombros. A veces (los días muy buenos), si llegaban malas noticias, afectaba estar loco de contento.

El miércoles 27, estuve jugando durante una hora con el pequeño D. Durante todo ese tiempo, permanecimos sentados en el suelo, afrontando los numerosos problemas que planteaba un tremendo embotellamiento de cochecitos. A., que seguía acostado, dormía. O por lo menos fingía dormir. Después de cenar D fue a acostarse, y yo me quedé un rato más.

E. con las palmas de las manos abandonadas en el hueco de la falda.

Dice que «los malos pensamientos» no ceden. ¡Qué desdichado es! «Sufre más que una piedra.»

El domingo 1 de octubre hizo frío. Soplaban viento del norte, azotaba el muelle de enfrente. Pedí que encendieran la calefacción. Pasé el día vestido con dos chandals.

El martes telefoneó T. E. Wensleydale: el día 8, nada de *Columbus Day*. Estaba con Ieurre, Recroît y Karl. Que avisase a Marthe y a Thomas.

Al día siguiente pasé por la rue du Jardinnet, por casa de Recroît. De vuelta de vacaciones. Bronceado. Dijo que estaba preparando las clases. Fuimos a casa de A. hacia las seis de la tarde. D. estaba en casa de un amigo. E. calentó más agua para el té.

A., especialmente deprimido. Hundido y amargado. Habló del nuevo amigo de D., que vivía en los bloques nuevos cerca de Montparnasse:

«Los que procrean ya no crean... Qué sombra más grande proyecta la inmensa masa de hormigón de las ciudades...».

Recroît se encogió de hombros. Se lanzó a una evocación confusa:

«Antaño lo hubieran llamado consideraciones morales. Pero esta expresión ya no se entiende bien, y es demasiado pretenciosa, una especie de crédito de naturaleza, demasiado cálculo y necesidad en la apariencia de nuestros actos, de nuestros rostros, de la ropa con la que nos vestimos, de nuestros pequeños rituales, de las flores de Élisabeth, de todo nuestro pequeño *mobiliario*...».

No se entendía muy bien qué quería decir. A. tenía los ojos desorbitados.

«Me gustan los cálculos y las hipótesis sobre la moral de los demás –dijo finalmente Recroît–, la música de cámara, el placer que proporciona la lectura de los libros. Estos son tres entretenimientos propios de la burguesía y casi sólo de ella. ¿Cómo no iba yo a sentir gratitud por los burgos, por las ciudades, por esta vida totalmente ciudadana, arbitraria, es decir anónima, reservada, reprimida, adoquinada, desdichada, civilizada?»

Nos miramos.

«Qué amigos tan curiosos tengo», dijo por fin A.

So pretexto de que tenía que preparar las clases, R. nos dejó enseguida.

«Estoy tan hundido en la desesperación –dijo A.–, que ciertas malas noticias que Élisabeth me comenta me parecen un consuelo. Las archivo en la mente y, cuando conviene, recurro a ellas. Espero obtener de ellas algún socorro, o comparacio-

nes que puedan serenarme. Pero en vano. Ni siquiera disfruto ya de la salud necesaria para esas alegrías que provoca la desgracia cuando se abate sobre los demás.»

Jueves, 5 de octubre. V. me telefoneó. Por la tarde me llamó Recroît: ¿Podíamos cenar juntos al día siguiente? Me telefoneó Th.

Viernes 6. Llamé a Élisabeth. R. pasó a buscarme. Cruzamos el río. Quiso mostrarme la rue de la Colombe. Me obligó a hacer un alto ante la primera muralla. Echó en falta a Bauge para la domiciliación.

Luego hubo que bajar la calle Basse-des-Ursins, para el segundo piso del 7.

Sábado, 7 de octubre. Pasé por la rue du Bac. En el rincón más oscuro, a la izquierda del pasillo, flores puestas a secar, boca abajo, de largos tallos y pétalos blancos, cuyo nombre desconozco. D. estaba resfriado. Me pareció que A. no estaba tan mal. Pasamos a su cuarto.

Qué derrochador había sido, se lamentaba. Y ahora no le sucedía nada que fuera un poco sorprendente, algo novedoso, alguna rareza. Estaba agotado. El cuerpo no respondía; sólo el corazón, que latía demasiado fuerte; las venas le murmuraban... De repente me preguntó por qué no tocábamos juntos, solos él y yo. Repliqué que hay tan pocas partituras para piano y viola.

–Yo ya no consigo tocar solo –dijo. Y a continuación–: Los sonidos que emiten los instrumentos, el piano, el violín de Marthe, incluso la voz del niño... suenan ahogados. Y la luz a la que aparecen las cosas visibles parece que está tan... pelada. Presenta un grano espeso, que la vista no puede penetrar del todo; las vela una especie de trama, o de obstáculo.

No supe qué decir.

Ni siquiera era sudor: una humedad en el rostro de A. Su cabeza transpiraba un miedo fascinado y que parece malsano, con una especie de adicción al miedo.

El 9 de octubre, me encontré en la rue de Buci con Ieurre, que estaba comprando acelgas. Postulaba que es mejor decir «*betas*». Le reprochaba a A. que pronunciase «*per'grinaje*» y «*p'ogresión*», que dijese «remarcar» «extremosidad», «irreligioso», «lentificar»... Siendo así, ¿merecía curarse?, me preguntó. Me encogí de hombros.

«Lo que hay que hacer es sustituir un miedo demasiado absoluto por cien temores diversos», recomendaba Ieurre (dijo que se lo ha sugerido a E.) Yo no estaba de acuerdo pero no supe explicarle por qué.

Rue du Bac. 10 de octubre. Me confió un recuerdo de su infancia. El día había sido húmedo, y pese al frío el aire era pesado. A. me dijo que detesta las tempestades, y la fiebre que provocan, esa impresión tan desagradable de abandono y de locura que le provocan las primeras señales de su llegada y la extrema lentitud de su desarrollo. Cuando era niño, vivía a orillas del mar, y, siendo muy pequeño, le deslumbró ese relieve fabuloso que la luz característica de la tempestad confiere a las asperezas de las rocas que se alzan en la orilla a lo largo de la costa, antes de que el cielo inmenso y negro –ese negro ala de cuervo– truene, se ilumine, y rompa en lluvia. Se acordaba perfectamente de la playa desierta, de su grandeza y del carácter «inhumano» –si es que inhumano quería decir algo– que, en su recuerdo, era consustancial a ella. Me explicó con toda clase de detalles precisos las señales que avisaban de la tempestad que aquel día estalló sobre el mar. Él debía de tener ocho años. Describió, una por una, las rocas resbaladizas, las capas de algas negras que la marea baja fue descubriendo poco a poco. Dijo que la difusión, tan particular, de la luz, en los instantes previos a la tempestad, proyectó sobre ellas una especie de *día absoluto*. Brusco y crudo. Como

volumétrico. Aquella luz recortó los perfiles y la protuberancia blanca del acantilado. Atravesó, uno por uno, los cuerpos azules, de repente febriles, graznantes, de repente roncós, de las gaviotas sobre el mar. De repente proyectó un punto muy débil y movedizo que destacaba en el perfil de las olas. Afirmó, excitado, que al recordar aquel cuerpo lejano, en la cresta de las olas, le parecía que seguía *chorreando silencio*. A renglón seguido, la veloz carrera de aquel punto luminoso, que era un cuerpo, por la arena mojada. Luego el repentino frenazo tras la Roca de los Gritos (dijo que también se la llamaba Roca Donde el Mar Grita, o bien Grito-del-mar), y su derrumbe.

Entonces, él observaba aquello, retraído –hijo único, hijo de un viejo–, con la nariz contra el vidrio, en una de las altas ventanas del salón. Enseguida salió. Corrió. Cruzó la playa hasta que sintió que se quedaba sin aliento. Pasó ante los Cous, y cuando se acercaba a la Roca Donde el Mar Grita, la voz le interpeló vivamente:

–¡Estás muerto!

Se paró, descubrió a la chica, flacucha, morena, que debía de haberle estado espiando y que, con autoridad, le hacía una oscura señal.

Era un juego. Había que fingir que uno caía desplomado. Cayó desplomado. Entonces la tempestad rugió, y hubo relámpagos, y una lluvia extremadamente violenta.

Y miedo. Los dos, empapados, se acurrucaron, en vano, bajo la Roca. Y el contacto de su piel desnuda, y la vulgaridad de su voz, que en su recuerdo estaba llena de prestigios, digna no sólo de afecto sino hasta de admiración.

Miércoles 11 de octubre. Pasé por la Rue du Bac. A. dormía. Estuve jugando con D.

Al regresar, me encontré en la rue Jacob con R., que venía de casa de I.

«Ieurre y la gramática –me dijo–, una dependencia como la del buey con la hierba.»

Viernes 13 de octubre.

E. ha dicho que él abre ceremoniosamente el periódico, parpadea como en un supremo esfuerzo, finge leer.

En realidad no lee ni una sola palabra.

Sábado 14 de octubre. Salí de paseo con Véronique. Nos encontramos con Ieurre, que llevaba una gran bufanda amarilla cubriéndole hasta la nariz. Véronique le dijo que hacía bien, que este otoño es glacial, y que hoy, el frío se había *acentuado* aún más. Él se mondaba de risa.

–Vaya imágenes usa usted –decía–, vaya imágenes usa...

Domingo 15 de octubre. Almorcé en la rue du Bac.

A. no estaba tan mal. Comió con nosotros. Al llegar a los quesos, dijo que necesitaba algo con lo que *cubrirse la cabeza para llorar*.

«Como Ulises con los Feacios...» dijo, levantándose.

Lunes 16. Salimos, cruzamos el río, alcanzamos las Tullerías; andábamos pisando las hojas muertas, empapadas.

Era muy bonito. A. recogió un montón de castañas, con las cáscaras casi cerradas o que apenas acababan de abrirse. El pequeño D. las acabaría de abrir a la vuelta del colegio, y así desnudaría preciosas castañas intactas, rojizas y desnudas.

Martes, 17 de octubre.

I. me hace observar que el verbo *abstraire*¹ no tiene pretérito indefinido.

1. En español, «abstraer». (N. del T.)

Miércoles, 18 de octubre. D. estaba en casa de un amigo.

–Búsqueme –se puso a gritar A.– a un médico de verdad, un curandero auténtico. ¡Estoy enfermo de la voluntad, sin energía alguna ante lo que me habita! Ese vacío, ese abismo abismado en mí, en mi lugar. O quizá es que todo lo que me sucede se me escapa. O bien soy demasiado cómplice de aquello que ya no controlo.

Luego vino la cantinela, la lista de peticiones:

–*Recursos* –dijo–, *trucos*, lo que sea para soltar los nudos que me atan... ¡Pero en mí no hay nada! Nadie al fondo de mí mismo. ¡No hay ningún posible prisionero!...

»Trucos, astucias de transición o de paso. Ceremonias, cánticos, plegarias, regalos, vestidos, viajes...

»Una pequeña primera comunión; un intercambio de anillos; una reliquia-talismán... Que frenen la impresión atroz de que no hay vuelta atrás. ¡Y el surgir de este vaciamiento imparabile!

»Una red de malicias, de cebos para *aferrar* lo peor, para meterlo en *la alforja*, para sujetarlo con piedras...

»Expedientes, recursos industrioses, frauduloides. Se necesitan estratagemas contra este *atolladero*.

»Vías de escape. Artificios. Substitutos. Simulacros. Recursos. Gusto. Carencias que colmar. ¡Deseos que saciar!...

Dijo que el zumbido de las avispas le asusta. Temía la aproximación de la tempestad. No le gustaba el vértigo que envuelve a la muerte.

Jueves 19. Cené con R. Me contó que Gladys estaba encinta. Pero cómo, ¿con los años no se había hartado ya de Ieurre? ¿Cómo hacía Gladys para soportarlo? Él, por su parte, estaba harto de sus rollos sobre gramática y lengua.

Dijo que su clase estaba «a punto». Que tenía por delante una «buena quincena». Pasaría a recogerme el sábado, tal como habíamos acordado.

Día 20. Rue du Bac. Tuvimos una larga discusión estéril:

–¡La ilusión de que la alegría es posible, qué poco se cumple –dijo–, qué angustia da!

–¿Y por qué darle un sentido a la vida –me arriesgué a decir– o a cualquier experiencia que se sufra, o incluso a los que mueren, iba a ser una protección? Semillas atroces que las desilusiones hacen madurar. Es el horror.

Nos callamos. Luego: «En efecto –añadió, en tono más bajo–, Adolf Hitler hablaba del *sentido* de la tierra...».

–En verdad –repliqué–, para que temamos lo que tanto tememos en la angustia ¿no sería preciso que ese amasijo de víboras que espanta ya se hubiera personificado en el pasado, siquiera un poco? ¿No deberíamos más bien reconocernos, y dejar de anticipar un recuerdo que no sabe volver? Así, lo que anhelamos no nos sorprendería, ni nos llenaría de dicha. Ni tampoco lo que tememos nos llenaría de miedo. De manera que incluso olvidaríamos lo que esperamos. Y así seríamos capaces de dejarnos sorprender...

Pero me lié con mis argumentaciones.

Él añadió: «... instantes que no es tanto que estén fuera de la historia de los que los viven cuanto por debajo de los discursos que pretenden ordenar el mundo y darle al tiempo una dirección. Fragmentos de momentos vacíos, en los que lo que no es nace. Entonces todo se desnuda. Se desmorona. Todo cede. Desfallecimientos, más que vuelcos o revoluciones. Patéticos vestigios de nada, que no tienen ninguna referencia, y que no hacen aflorar recuerdo alguno. ¡Imperceptibles espectáculos que se sufren, durante los cuales realmente no se ve, y se ve!».

Sábado, 11 de octubre. R. pasó por casa. Descorché una botella de vino blanco. Hablamos poco. Me dijo que este tiempo gris le pesa. Anhelaba el campo. Un poco de hierba, el sol.

Veteran's day. Marthe llevó a A. y a E. en su coche. R. y yo pasamos por la rue de Nesles, por casa de leurre, que decretó

que hacía sol y que iríamos al Champ-de-Mars a pie. Gladys –que tenía el cutis translúcido– nos dijo, sin ningún énfasis, que estaba encinta. La felicitamos. Que le apetecía caminar.

Llegamos a la Avenue de la Bordonnais con un poco de retraso. Wensleydale nos lo reprochó, y con más motivo porque a su llegada a Marthe no se le ocurrió nada mejor que hablarle a A. de un psicoanálisis. Este se sulfuró:

–No hay comportamiento que implique la voluntad de un hombre como un efecto su causa –graznaba–. Esas son hipótesis propias de un cura, de un psicólogo, de un cretino, de un policía, de un novelista...

La discusión se eternizó.

–Mirad, todo cuanto busque causas, finalidades, justificaciones, motivos, significados, me parece particularmente inadecuado para salvaros de lo que no los tiene. Por más que superpongáis cualquier orden al irrefutable desorden en el que estoy, lo único que haríais sería alejar lo que soy, y que no tiene causa. Al hacerlo, sólo a vuestros propios fantasmas administraríais un insuficiente veneno, o bien un ridículo remedio, no a la carencia de los míos. Claro está que yo no puedo impedir que se hable sobre mi silencio, pero está al margen de eso, y todo ese *parloteo asustado* no lo hará más hablador ni más inteligible...

–Cuando dices «hablador» quieres decir «locuaz», ¿verdad? –sugirió Ieurre.

–¡La miserable lengua del romano! –replicó A., con renovada cólera–. Una palabra como esa tiene que sonar dura, es cierto. Que no eche un velo untuoso y dorado sobre la violencia y la infección que denota. Ninguna interpretación posible del mundo –ningún discurso, ninguna civilización– han tenido jamás el poder de tocar aquello que es. Son seres de razón.

–¿No han existido? –preguntó R.

–¡Precisamente! –gritó–. Y además ¿qué me ha enseñado el simple hecho de ser? Sin duda, soy completamente incapaz de decir lo que soy. Y tendría que ser muy presuntuoso si a continuación pretendiese seguir siéndolo, permanecer. Incluso en el

yo soy, ya el mismo yo me parece bastante insostenible. *El que* es vano. Ni en mi exterior ni en mi interior encontraréis causa alguna de lo que soy. ¡En las antiguas tragedias no es el héroe el artífice de su propia condena, sino el simple hecho de hallarse allí!

Pareció que la discusión había llegado por fin a su término. W. sirvió un poco de oporto. Pero A. no había tenido suficiente. Exigió, con una vehemencia que siguió sorprendiéndonos, que nunca más le *machacásemos* con consejos semejantes. Que abandonásemos, de una vez por todas, esas técnicas clericales que intentaban asustar, porque lo que pretendían era someter. «¡No necesito ir a que me reparen!», dijo. Se lanzó a una nueva y vigorosa diatriba: que no se puede uno fiar de los románticos, de los wagnerianos. Que los actos votivos, las pequeñas estrategias propiciatorias, los sacrificios de objetos costosos o distinguidos, la superstición de las fechas y las cifras, el odio de los pianos, los cigarros, las frases hechas, los catálogos de tótems, de ritos, de sueños y de pequeños grabados, las colecciones y trucos asustados y monerías de rico que pretende que es indigente podían no ser recursos propios de aquel muerto tan reciente; pero que tuviera que recurrir a ellas no hablaba precisamente en favor de las que sus libros exponían. «Lo real es algo que es completamente irresponsable», añadió. «No tiene causa ni excusa. ¡Ni causa ni culpable!» Hablaba demasiado rápido. Las palabras se le atropellaban. Temblaba un poco.

Yo le di la razón a A. También Recroît le apoyó. Volviéndose hacia Marthe dijo que como los sueños consisten en imágenes, esa materia básicamente visible opone, quizá por su propia naturaleza, una oposición intransigente a la mediación de la palabra. Esa independencia tan absoluta respecto al lenguaje, ¿no volvía sospechosa su traducción? Ese mutismo de las imágenes, esa estricta visibilidad ¿no constituían su mayor atractivo, y la esencia de su poder? De manera que a sus ojos, su naturaleza, silenciosa por definición, descalificaba el escaso beneficio que se podía esperar sacar del «pequeño parloteo de tu entorno» del que había hablado A.

La discusión tomó un tono más moderado. A. parecía más tranquilo, apaciguado, como si hubiera evitado un gran peligro.

«Siempre se puede dar cuenta –dijo– de la necesidad de lo que se hace en la medida en que antes tenemos que inventarlo. Pero cuantos más motivos se aporten, más claro queda que no los hay y cuánto y cuán ridículamente sufre esa insostenible carencia.»

Ieurre creyó reforzar el argumento con gramática. Declaró que el orden de las cosas que pensamos tenga su suerte ligada a la de todas las cosas que existen no es más que una creencia. ¡Cuando el único proyecto de todas las palabras, todos los pensamientos en el mundo, era huir, escapar, negar ordenando, pintarrapear de sentido, levantar barreras, quemar los barcos! «¿Cómo podría un azar –dijo sin demasiado énfasis– modificar un azar? No añada nada que no estuviera ya; no aporta ninguna modificación a una modificación que es infinita.»

–¡Viva lo insignificante! –bromeó R.

–Como sacrificar existencia a idea –dijo A., que estaba casi ebrio–. En los mártires de misal, todas las patricias preferían la muerte antes que abjurar de su fe, y Blandine... –A. desarrolló el argumento según el cual atañe se mataba por razones de vida. Que se prefería encontrar un motivo para morir antes que carecer de un motivo para vivir. «¡Antes cortarse el cuello en *tierra conocida* que vivir en lo imprevisible, el miedo y la insensatez! ¡Motivos para vivir, o muerte! ¡Tal es el grito de las santas! ¡Psicoanalistas! ¡Yo no pienso analizarme!», gritó de nuevo.

E. le pidió que se calmase. Pero Ieurre le justificó por no fiarse de las «novedades». R. respondió que no porque las viejas estrategias inútiles tuvieran algunos milenios era eficaz recurrir a ellas. Cada uno herido con una llaga invisible. Que alcanzaba al cuerpo entero. De la que nada era capaz de distraer. Y que cualquier cosa que intentase aliviarla la agravaría.

Que solamente de la desnudez de la herida se podría, acaso, esperar socorro. Que se abriese a lo que la había abierto y no cesaba de reabrirla. Que el miedo suscitaba el pavor. Que él deseaba que un día le pareciera más juicioso alimentar aquello que

le roe. ¿No le había parecido, a veces, que el miedo podría saciarse de sí mismo? De manera que todas las precauciones, todas las formulaciones, todos los vendajes, al proteger la herida de la luz, la irritaban. ¿No era una cosa en el fondo acobardada, que fuera posible afirmar que cada cuerpo se hubiera inquietado exageradamente con un pequeño doble atroz —e inventado al mismo tiempo, por supuesto, que la ingenua esperanza de ser uno mismo— y a los poderes del cual su propia proximidad impedía percibir nuestra servidumbre, nuestro total abandono, salvo en los instantes en que sin saber no nos conformábamos con su modelo, no satisfacíamos todas sus voluntades, desobedecíamos sus prescripciones, haciéndose reconocer a nuestros ojos de inmediato bajo la máscara de la angustia o por las vías, tan confusas y tan brutales, de los remordimientos y de las vergüenzas? Ieurre se burló. Nos sentamos a la mesa.

Cuando le dejábamos, T. E. Wensleydale me dijo que sin música, aquellas *fiestas americanas* —que tanto le gustaban— emitían un sonido siniestro.

Lunes 23 de octubre. Marthe me telefoneó. Expuso cien argumentos para que reanudásemos el cuarteto. Que A. estaba entrando en razón. Que Thomas y Ieurre estaban de acuerdo. Que había que provocar alguna diversión para calmar aquel fervor de apocalipsis. Objeté que Quoëun no había vuelto de Baviera. «Podíamos hacer tríos, o duetos, es igual», dijo ella. Yo me quedé perplejo. ¿Conocía ella muchos tríos de esta clase? ¿Con el *mi* bemol mayor —o cualquier otra pasión de A.— no sobraría más mi viola que el violoncelo de Quoëun? ¿Y creía ella que de verdad podíamos ayudarle? ¿Que conseguiríamos recuperarlo, cuando se avergonzaba de sí mismo, y ya no quería mostrarse a nosotros, temía vernos? «Había que hacer algo». Así es como ella concebía la amistad. Diese el fruto que diese, por lo menos alteraría el curso de las cosas, rompería el encierro. «En el caso de un acceso de nada —añadió—, ¿no había que contar con *nada*? ¿Y contar con esa metamorfosis de aquella *nada* en el tiempo?» Dije que esa esperanza era sorprendente,

inusitada. Pero que haría lo que ella quisiera. Dije que llamaría a Quoeun.

El 24, Jeurre me llamó. «Es el humor negro, el aire sombrío y *apenado* de las novelas del siglo XVIII», me confió.

R. me llamó. Su curso se reanudaba a la semana siguiente. Que cenásemos juntos el viernes.

El miércoles pasé por su casa. El pequeño D. tenía invitados. Gritaban como locos. Blandían armas que, sin duda, eran muy convencionales pero de una materia y una forma que asustaban. A veces, el suelo temblaba. Vi una escoba que era una lanza. Y entre las filas del ejército enemigo (fui atacado por este, luego fui rodeado, después de pedir socorro), de forma muy paradójica, los sombreros de *cowboy* hacían la función de escudos romanos.

Pasé a ver a A., recluido en su cuarto. Durante la siesta había tenido un sueño del que –curiosamente, dijo– se acordaba. Recurriendo a la ayuda de las palabras, lo reconstruyó como pudo de esta forma:

«En un jardín del Edén creo que me contento con una cosecha aleatoria de raíces y de frutas demasiado maduras, así como con la captura rudimentaria de piezas de caza, llamándolas por su nombre.

»A veces, dando unas palmadas.

»La precariedad de las condiciones de vida ofrecidas, los destrozos frecuentes por culpa del viento, la lluvia, rayos, nieve, sol, etc., o bien resultado de las incursiones de manadas de animales, y además unas hordas salvajes que no sé cómo se llamaban... en fin, la insuficiencia de las técnicas de predación (llamar por su nombre, dar palmadas; y, sin embargo, me pareció ver un bicho, una especie de mujer que exclamaba: “¡La voz es una herida contusa! ¡La voz es una herida contusa!”) hacen que los sedentarios, la mayoría de los amigos que me rodean, por lo menos los supervivientes, emigren hacia otras regiones.

»De esto se sigue una dispersión de los hombres sobre la tierra, una diversidad de sus voces, una distancia que no pueden salvar entre sus rostros, y finalmente una especie de invención irreparable: el espacio que va de los labios a los oídos».

Según dijo, se despertó llorando. Todo esto no me pareció grave, muy literario.

Viernes, 27 de octubre. Un día bonito y frío.

Caminando, llegamos cerca de lo que Ieurre llamaba –R. me lo recordó– la *iglesia catedral*. R. me llevó al atrio. Intentó volver a ver, ante el pórtico norte –frente a la estatua de Pedro el ayunador–¹ la horca del obispo. Y el poste de los caminos con las armas del Capítulo.

Cenamos en la rue de Brosse.

Sábado 28. E. me abrió la puerta. Severa, con el moño extremadamente estirado, vestida a medias de azul-gris y de negro. Me preguntó si aprovechando que yo estaba allí podía ella salir un rato. La invité a irse enseguida, y volver todo lo tarde que quisiera, cuanto más tarde mejor. Le preocupaba la comida de D. Le dije que ya la prepararía yo. Que los pucheros no tienen secretos para mí. Que saliese sin temor. Que se divirtiese, que se relajase.

Pareció quedarse contenta. El rostro de A. parecía más apagado.

Nos instalamos en el salón. D. –en su cuarto– ensamblaba cubos de materia plástica rojos, azules y amarillos para construir una especie de barcaza. Desde el salón se le oía cantarrear.

A. no estuvo muy locuaz. Manoseaba un encendedor de plata, feo y que no parecía funcionar. Por un momento creyó que me apuntaría a ordenar una colección de tarjetas postales heredada de no sé qué pariente: preparé el té.

1. Famosa estatua que había ante Notre-Dame, desaparecida en 1748.

Luego: que cuando el *Veteran's Day*, más que de «melancolía» se hubiera debido hablar de «empobrecimiento».

–¡Qué hueco está, qué vacío! ¡Y qué poco sonido da todo ese vacío!

Lamento risible del empobrecimiento, prosiguió. Lamento que no se basaba en nada. ¿Y por qué medios podía el vacío hacerse perceptible, tangible? No, era un sentimiento sin fecundidad. Una especie de fastidiosa evidencia que a fin de cuentas se transformaba en aburrimiento.

–¡Soledad, soledad –dijo entonces, tomándome del brazo, con un tono más vibrante–, soledad incluso aunque te sujete el brazo! Sensación de desastre. Y nada que justifique todo esto, que lo vuelva necesario, que le dé un sentido. ¡Y nada tendrá su lugar, nunca, y no hay lugar para nada! –Entonces le dije que todo aquello me parecía de una gran ortodoxia; que se estaba volviendo sensato. Pero también que tuviese cuidado de que tales pensamientos no dieran fundamento a la desdicha.

El domingo por la mañana fui a buscar a Ieurre. Me había pedido ayuda para bajar una pequeña cómoda al sótano. (Gladys se quejaba demasiado de su embarazo, sus vértigos, sus vómitos, para pedirle nada a ella.)

El motivo por el que discutimos en la escalera:

Ieurre sostenía que el perro de Véronique era tan pequeño que no era capaz de ladrar. Apenas aceptaba que lo que emitía eran «gañidos».

Me apresuré a decir que todo lo que muerde (y el perro de V. me mordió), me parecía capaz de ladrar y –aunque sea tan pequeño como un conejillo de Indias– hasta de aullar. I. subrayó que mi caso ya no era un problema de gramática. El tono subió.

Nos separamos enfadados, y la pequeña cómoda en medio de la escalera.

Lunes, 30 de octubre. Fui a saludar a A. antes de irme. No me pude quedar. Estaba Bauge. E. estaba en la galería. Habló poco. Evocó el tiempo de intenso otoño húmedo, lamentable, la infancia con los puños, la mandíbula, el corazón apretados, la fiesta de los muertos, los muertos mismos, el *pulvis es*, el *dies irae*, las flores... Y todo aquello para él se resumía en esto: «Los cantos están mal cantados».

Que por la mañana había venido I. Le había comentado la *frialdad* entre nosotros. Luego –cuando le dijo que la cosa no pitaba, que «no lo superaría» nunca–, parece que Ieurre dijo:

«¿A quién no le cohonde la desdicha?».

Sonrió un poco. A mí esos arcaísmos no me hacen tanta gracia.

El 31, antes de tomar el tren, llamé a Marthe. Le dije que el día de Todos los Santos iba a la casa de Quoeun en Baviera. Que le comentaría lo del cuarteto. Marthe me dijo que Paul no estaba bien, que ya no asistía a las clases. Que teníamos que hablar de ello.

Día de Todos los Santos. Q., solícito y sencillo, siempre obsesionado por el culto a los muertos. Como la estación se estaba haciendo más fría, me dijo que pensaba seguirme muy pronto. Llegaría a Neuilly o bien el 5 o el 12. Aun no lo sabía. Desde luego, pasaría allí el invierno. Le comenté la sugerencia de Marthe –que volviéramos a reunirnos, formando un cuarteto–. Distraer un poco a A. si es posible, y –sobre todo– que tenga algo que le entretenga. Infundirle confianza.

A Quoeun esta idea no le extasió precisamente. De hecho le entusiasmó tan poco que eludió:

«Ayude, me dijo, a cubrir las necesidades de Élisabeth. No dude en dirigirse a mí».

Repliqué que E. rechazaba cualquier ayuda. Que había expresado el deseo de que no hubiera cambio alguno en su estilo de vida. Sin duda así ocultaba su idea –de manera muy supersticiosa– de que dejar que la ayuden es casi tener que reconocer

que ya había perdido toda esperanza. Quizá temía llamar a la mala suerte: que, si ella dejase de contar con él, ya nada podría hacerle volver en sí mismo.

Jueves, 2 de noviembre.

Quoeun me mostró un Caxton no muy singular. Dos nuevos Alde con las griegas complejas y ligadas. Un Verard muy bonito. Y finalmente, una de las siete u ocho pruebas de las *Maximes* (la había comprado recientemente), un poco maltratada aunque blanca, con pocas manchas.

Por más que lo intenté, no me quiso decir el precio.

Al separarnos para volver a nuestros cuartos:

–Vamos –dijo– a desvendar la momia para morir.

Viernes 3. En el tren, por la mañana, vi un álamo aún verde –en el frío–, con su blancura como envuelta en el amarillo de los capullos de oro. Luego el campo inmenso desplegado y descolorido. Me parecieron hermosos.

Domingo 5. Paseé por rue du Bac. Llevé al pequeño D. un modelo en miniatura, alemán, de granja rutilante. No le gustó demasiado. Por lo menos eso me pareció por la extrema cortesía con que me dio las gracias.

Me pareció que A. estaba peor. Pero E. no confirmó esta impresión. Habló de pesadillas:

–Esta noche, a la vez la invasión y el asedio a las murallas –dijo–. Sí, al mismo tiempo. Y ni siquiera torre por torre. Invasión *por* ese asedio. Completamente rodeado. Con un lazo al cuello. Una lanza en la base de la nuca. El prodigioso *cercos* en medio del cuerpo...

»El cuerpo, de repente, *una liquidez* en la noche... Yo era una pesadilla en manos del terror.

E. me retuvo para el té. Lo estábamos tomando, cuando de repente A. se levantó para irse y me dio la mano. Tras cru-

zar la puerta del salón, volvió a asomar la cabeza para decirnos enigmáticamente que «iba al pozo para mirarse en el agua del cubo». E. fingió no prestar atención a esa frase que me pareció extraña. Me explicó que el hijo de Marthe se había enamorado.

El 6, Quoeun me llamó. Allá el tiempo había empeorado. De vuelta en París antes de lo que había previsto, me dijo que cuando tuviera ocasión fuese a dar una vuelta por la rue des Poissonniers. Acordamos que el miércoles. Por la tarde.

Martes 7 de noviembre. Thomas al teléfono. Había visto a A. Había visto a Marthe. Había que moverse. Tenía miedo de perder su empleo.

Miércoles, 8 de noviembre.

Llegué a casa de Quoeun hacia las nueve. Hablamos de A. Volví a intentar convencerle de reunir el cuarteto. Q. replicó que tenía el violoncelo un poco *en el abandono*. Que estaba un poco *frío* para que nos reuniéramos otra vez: ¿el cuarteto no dependía totalmente de A.? ¿De aquella pasión de la que de repente carecía, la misma que había sabido insuflarnos? ¿De la alegría que antes sabía transmitirnos? ¿De la calidez de su toque? ¿De su oído? ¿De sus transcripciones al piano? ¿De su sentido del tiempo? ¿Su maestría?... Quoeun estimaba que nuestro sacrificio sería estéril: por más esfuerzos que hiciésemos no le volveríamos feliz dándole al teclado. No podíamos *llevar* durante mucho tiempo a aquel que, hasta ahora, nos *llevaba*. Por el contrario, lo más probable era que lo echásemos todo a perder, y definitivamente. Y encima, que nos aburriésemos.

Yo defendí mi idea como pude. «Y además esas comidas suntuosas y siniestras de Wensleydale, aquellas discusiones vanas y pesadas...». Insistí: finalmente consintió en hacer lo que

hicieran Thomas y Marthe. Yo reiteré la voluntad de Marthe, la decisión de Thomas. Aceptó. Convinimos sumarnos, como antes, a los días *sino-americanos*, el gran salón de Wensleydale. Él repitió que aun así estaba *frío*. También me dijo que según Plinio, ahogando a una lagartija en la orina de un hombre los deseos de aquel que la produjo se calman.

Me fui a ensayar.

El 9, llamé a Marthe, luego a Thomas. Que preparasen el *re* mayor de 1781. Para Th. el trío *mi* bemol mayor de Schubert. Para Marthe, el que le gustaba a A., el trío en *mi* bemol mayor de Haydn. Lo tocarían lo primero. Luego llamé a Wensleydale.

Curiosamente, I. ya le había dicho a Thomas que yo había *captado* la anuencia de Quoeun y conseguido la reanudación de los cuartetos.

El Armisticio. Pasé por la rue du Bac por la mañana. A. se había levantado. Y vestido. El apartamento olía deliciosamente a café. Élisabeth me ofreció una taza. D. estaba tocando en su cuarto. –E. aprovechó –de forma bastante desagradable– que yo estaba allí para reprender a A.:

«Eres como los celosos. El mero temor de la separación ya te lleva a precipitarla. Adelantarse a la catástrofe llevándola a su cenit. Un miedo de perder tan loco, que destruye su objeto como un chivo expiatorio subsidiario. Ir tan lejos en la decepción por una confianza bastante inoportuna, añadida a la espera...». D. estaba llamando. E. nos dejó por un momento.

A. se volvió hacia mí: «Por desgracia –dijo–, Élisabeth se engaña. No se da cuenta de que ya no valgo para nada. Que por desgracia no tengo *nada* de lo que dependa tan poderosamente. No: ya no soy nada. Y ellos ya no me pueden ayudar. No soy nada más que un poco de ser que ha perdido el gusto que se suele atribuir a ese seudo privilegio. Sin vinculación alguna con el mismo hecho de que ellos sean o yo sea».

Se calló.